EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 10

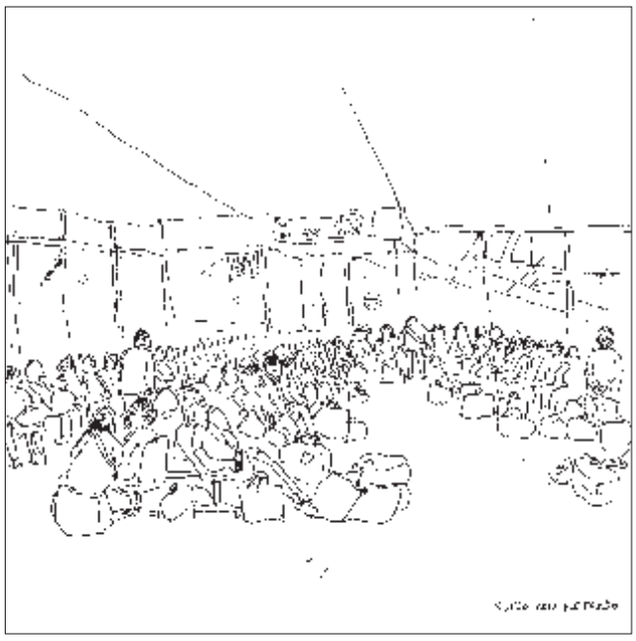
Viajes con mi tío

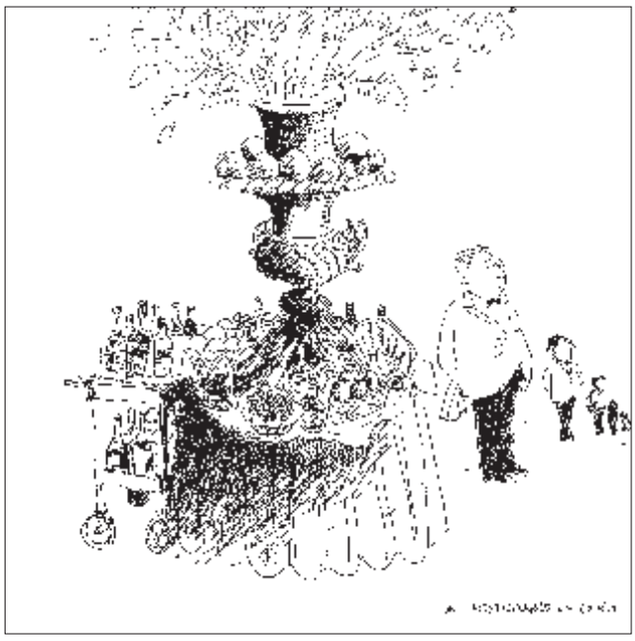
CLAUDIO ISAAC

A Yolanda,
columna de su marido

I

A mediados de los años setenta, acompañé a Abel Quezada en un viaje de auto desde Londres hasta Madrid. Según me había anunciado él con anticipación, recorreríamos la costa francesa hasta llegar a San Sebastián. En Francia, la ruta carretera nos la pautaría la guía Michelin e iríamos parando en los restaurantes más recomendados por esta célebre nómina de lo mejor de la gastronomía. He de confesar que al tercer día ya nos dedicábamos más a ver los platillos en el menú que a comerlos, pero no dejábamos de detenernos en nuestro camino, visitando los establecimientos que tuvieran una o más estrellas concedidas por la guía. Para demostrarme qué tan importante era la jerarquización de Michelin, Abel me contó una anécdota del restaurantero francés que se había suicidado como consecuencia de que la publicación de ese año lo hubiera degradado, quitándole una estrella a su negocio y dejándolo con dos. Recién referido este trágico episodio, cruzamos la frontera con España y al llegar a una gasolinera descubrimos un local inmundo, *La tasca de Pepín*, que con descaro ostentaba cinco estrellas en su marquesina. La gran cachaza de Pepín nos causó una carcajada interminable que no paró hasta que llegamos al restaurante de Las Pocholas en Pamplona. Según la leyenda, el lugar, oficialmente llamado El hostal del Rey Noble, era frecuentado por Ernest Hemingway. Abel era un entusiasta confeso de Hemingway; por mi lado asevero





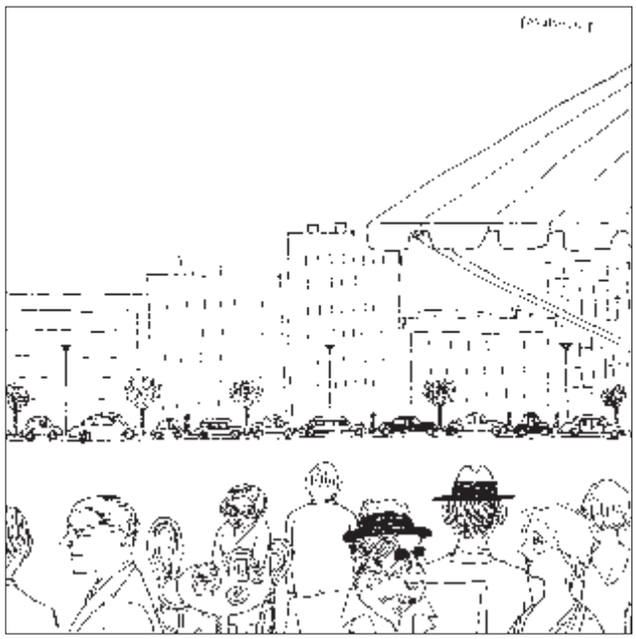
EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 11

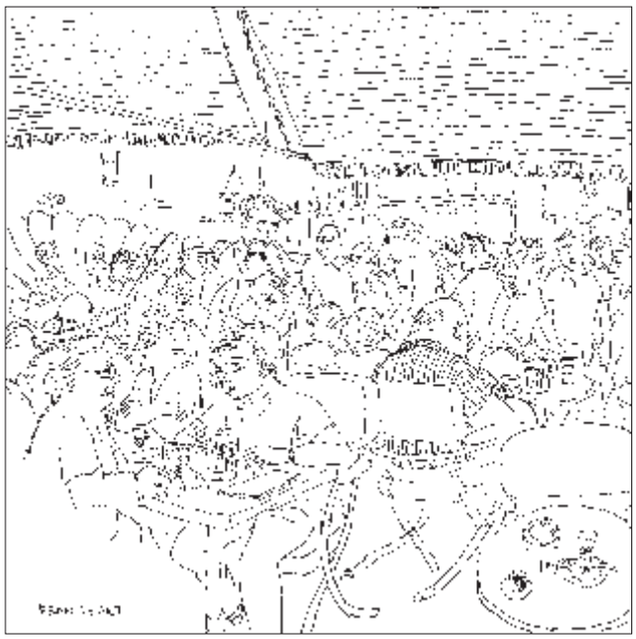
que lo era no sólo por sus dotes de cuentista eficaz e innovador del género, sino por sus rasgos de hombre de acción, del mundo real. Conviene aclarar aquí que, aunque Quezada fue amigo de muchos escritores, en el fondo de su corazón latía una vena decididamente anti-intelectual. Habiendo sido desde cazador de conejos hasta perforador de petróleo, estos seres que dicen ocuparse exclusivamente de lo que les pasa por la cabeza le parecían unos ociosos e inútiles, y le irritaban su sedentarismo y su blandura. Hemingway se escapaba de tal clasificación porque le gustaba boxear y cazar, se burlaba de la sensibilidad de Fitzgerald, era macho y bravucón, su personalidad reunía tantas de las condiciones por las que hoy lo desdeña la corriente que abandera lo *políticamente correcto.*

El plato de trucha a la Navarra (con tocino y jamón serrano) ofrecido por las Pocholas —el trío de hermanas Guerendian, enlutadas, de perfil idéntico; no confundir con las Pecanins— nos obligó a pernoctar en la misma Pamplona. Viajamos al otro día y a Madrid llegamos de noche: yo me hospedé en el hotel Suecia, pequeño y céntrico y cercano al Palace, en cuyo famoso bar me había citado Abel al mediodía siguiente, continuando con los pasos del viejo Ernest. Mientras el cantinero vertía ginebra en su coctelera cromada y nos preparaba unos martinis "a la Hemingway", yo detecté por primera vez el cuaderno en turno de los dibujos de Abel, de tamaño compacto, tapas negras.

Cuando lo repasé por invitación expresa, me quedé sorprendido de la cantidad de material reunido ahí y de las escenas que recogía, algunas de ellas también presenciadas por mí. Las últimas dos páginas mostraban aspectos del mismísimo bar del Palace, donde ya brindábamos con las copas de martini.

¿A qué horas, me pregunté, dibujó Abel todo esto?





EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 12

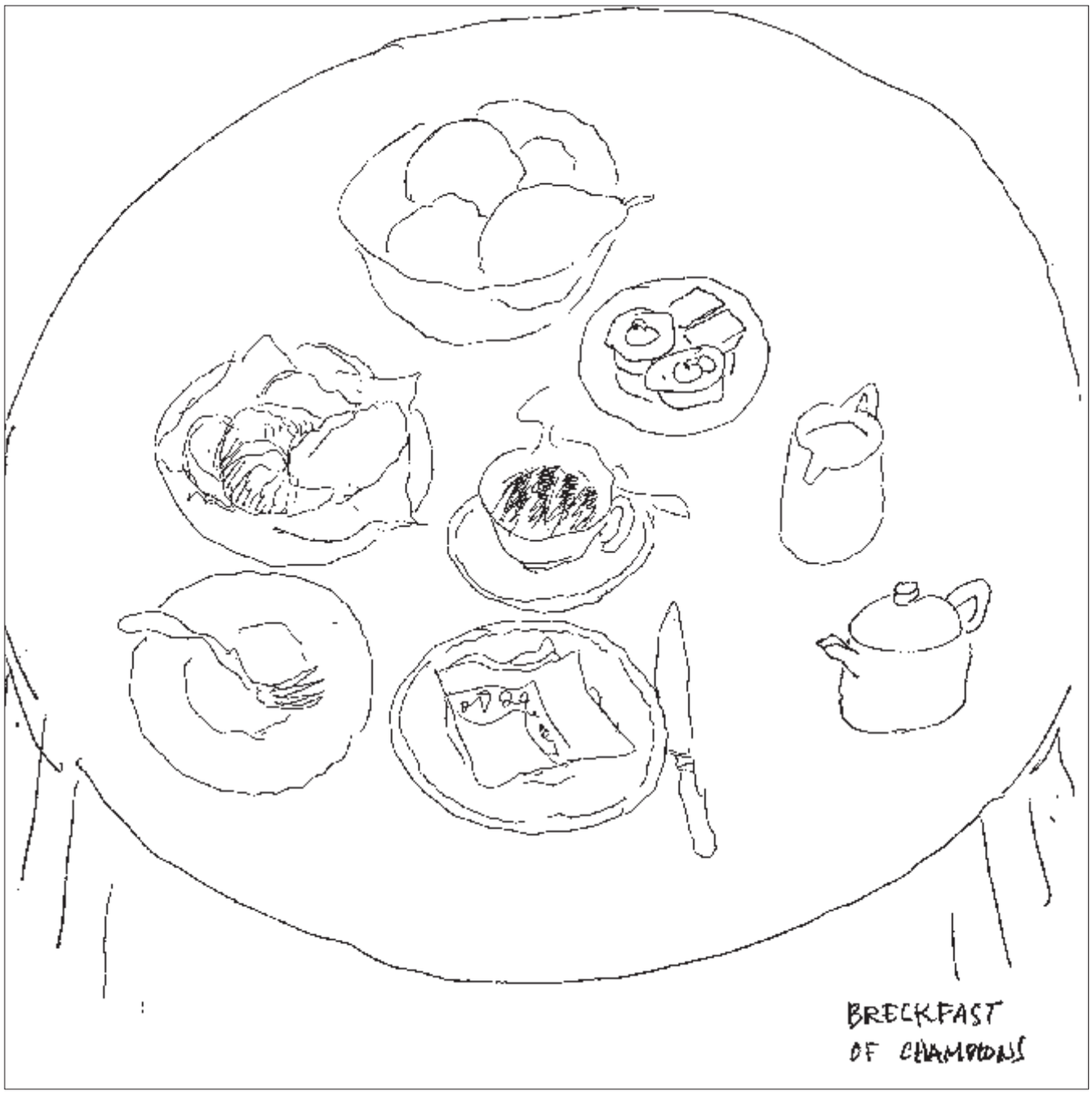
II

Alguna vez Abel Quezada me escribió un texto para el folleto de una exposición de pintura y lo concluía aclarando que tenía que callarse algunas opiniones por elemental pudor, siendo él mi tío. Al revés de su caso, yo declararé antes de terminar que fui su sobrino (en sueños lo sigo siendo, pues me visita a menudo), pero agregaré algo que quisiera dejar bien subrayado: no pretendo que esa cercanía familiar me otorgue claves para descifrarlo a él o su trabajo, quisiera someter mis observaciones al rango de hipótesis, desde una perspectiva externa y distante, como la de cualquier otro escritor dedicado al tema.

EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 13

III

A mi modo de ver, los cuadernos de apuntes dibujísticos de Abel Quezada dan fe de la transición entre el caricaturista y el pintor tardío. Creo que para su labor de caricaturista político en los periódicos de la Ciudad de México, Abel no requería de ahondar en el trabajo previo del boceto, pues fundamentalmente se trataba de ilustrar una idea. Tal era la tarea y por eso sus cartones suelen estar —como ya he señalado en publicaciones anteriores— tan cargados de texto: la imagen a veces sólo cumple las funciones de bisagra entre un razonamiento y el siguiente. Por supuesto, existe el catálogo



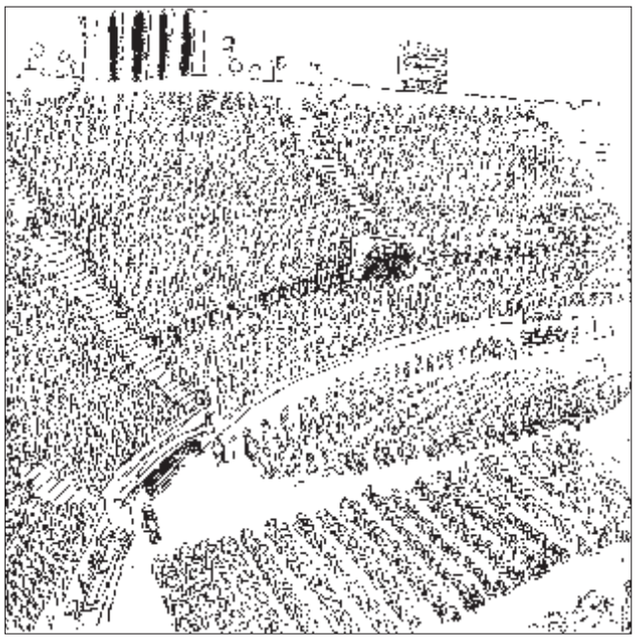
EP Cultura AQ final rr 9/24/08 5:41 PM Page 14

de los personajes arquetípicos que recurren en ese trabajo —el policía con moscas volándole alrededor, el ricachón con anillo de diamante atorado en la nariz, el campesino raquítico—, pero me atrevería a apostar que esos seres estaban almacenados en su mente y, sin poseer una vida previa como bosquejos, casi nacieron en trazos de tinta, sobre el contexto de los cartones específicos. Quiero decir con ello que los celebrados y característicos personajes de los cartones de Abel no resultan de un apunte del natural, más bien salen directamente de una gaveta mental del autor, son recuerdos aplicados. Por esa razón encuentro en los dibujos de los cuadernos una actividad distinta, separada, que conduce a una de las vertientes principales de su pintura al óleo —la que podríamos llamar *realista*, a diferencia de la que es evidentemente fantasiosa. También son antecedentes claros de la cuidada serie de viñetas en *gouache* o acuarela que terminaron siendo portadas de la revista *The New Yorker*.

IV

Aviones y salas de espera aeroportuarias, vistas de bahías y plazas, calles multitudinarias, lobbys, restaurantes, bares y cafés al aire libre, lugares turísticos pero también otros de acceso más particular, callejones o vistas de las ventanas traseras: hallazgos poéticos personales.

Aquí, la observación de la condición humana —a diferencia del trabajo en la caricatura política— no muestra inclemencia sino, en cierto grado, simpatía por los personajes circundantes: la cajera del bar, soñadora o coqueta, suspirante al fin; el capitán de meseros, orgulloso de su desempeño y de la pulcritud de su local, los viajeros agotados, la comensal solitaria, el dueño del restaurante modesto, de mandil, detenido en la puerta, esperando a la clientela.

Encontramos tanto aprecio por la buena vida como por la dignidad de los oficios bien ejecutados, por más insignificantes que aparenten ser. Cosas que a Abel le importaban al grado de que en su ensueño de vidas alternas representaban posibilidades atractivas: “Me gustaría ser cantinero —decía—, y platicar con los clientes”.

Sin duda es un logro transmitir la atmósfera de un lugar en un dibujo a línea sin siquiera recurrir al sombreado. Aquí el ánimo de cada situación está dado con elementos tan simples que parecería que son subliminales, obra de una malicia suprema. Asimismo, sin ser ni cercanamen-